

JUAN N. LACUNZA.



A JERUSALEM.



Destino fué comun de las naciones
Nacer, crecer, brillar y morir luego,
Unas envueltas en ardiente fuego,
Otras cediendo al peso de la guerra;
Otras.... Mas basta, sus ilustres nombres
Es cuanto existe hoy de ellas:
En vano por salvarlas del olvido
Se afanaron los hombres.
¡Ya han todos juntos á la par caido!

No así Jerusalem: los siglos pasan,
Y no empañan su gloria;
De las naciones fuertes en la historia
Una página existe, do grabado
Su nombre venerado,
Su duracion iguala á la del mundo.

¡Cuántos recuerdos tus sagrados muros
En su recinto sacrosanto encierran,
Patria del Redentor! ¡Suelo fecundo
En hazañosos inmortales hechos!
Un tiempo fué que tus heróicos reyes,
Llenos de ardor sus esforzados pechos,
A los pueblos idólatras, guerreros,
Morder el polvo hicieron, y á sus leyes
Sujetarlo supieron. Los aceros
De tus ilustres hijos relucian
Triunfantes, en los campos por la patria,
Y el yugo sacudian
Que en servidumbre los manchara un dia.

Pero cayó Jerusalem: de Roma
El brazo poderoso la oprimiera,
Y el pueblo electo, en lánguida agonía,
Un ganado de esclavos solo era.
Jerusalem empero no ha perdido
Su renombre y su gloria;
Un Dios en ella nace, y del olvido
La arranca y eterniza su memoria.

Cuna feliz de cristianismo santo,
 Los ya cristianos reyes te aclamaban,
 Por besar tus ruinas se afanaban;
 Y en diversas cruzadas, el espanto
 En derredor de tí, con mano fuerte
 Intrépidos sembraron
 En la nacion de Saladino. Al verte
 Felices se creían,
 Y con tal que tu polvo los cubriese,
 Llenos de heridas con placer morían.

El niño y el anciano,
 El noble y el plebeyo entusiasmados
 A tu arena y desiertos abrasados
 Volaban juntos con furor insano.
 Y el ministro de paz, el sacerdote
 Con la espada y el casco se cubría,
 Y por tu libertad también moría.

Las antiguas pirámides grandiosas,
 Que del Egipto la soberbia alzara,
 No fueron tan preciosas
 A los ojos de Europa entusiasmada,
 Ni su poder fué tanto
 Que hácia ellas su amor los arrastrara;
 Mas de Jerusalem el nombre santo
 Los hizo abandonar la patria amada,
 Los hijos tiernos y la tierna esposa
 Y cuanto el hombre tiene maspreciado:
 Todo lo abandonó por ser cruzado.

¿Quién numerar podrá los héroes fuertes
 Que con la cruz tomaron
 Sobre tus hombros la sagrada empresa
 De libertar á Sion? Gratos sus nombres
 Por todo el orbe los llevó la fama:
 Los bardos los cantaron,
 Y de la hermosa el ardoroso seno
 Al oírlos se inflama.
 ¿Adónde se halla el pecho endurecido
 Que del bravo Ricardo y de Tancredo
 Al recordar sensible
 No lance algun gemido?
 ¿Dónde está el que no admira
 A Bullon, Monmorenci y á Felipe,
 Y á tantos otros que mi débil lira
 No alcanza ya á nombrar? El alma mía
 Envidia sus proezas
 Y en ensalzarlos cifra su alegría.

Y á vosotras también, tiernas bellezas,
 Los muros santos á sus piés os vieron:
 Compañeras amables del guerrero,
 Hácia Jerusalem os dirigíais,
 Sus dolores partíais,
 Y vuestro amor sincero
 Y vuestras gracias su consuelo fueron.
 ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! Los años
 Pesan sobre tu frente majestuosa
 Sin empañar tu brillo. Ruinosa
 Eres tan grande cual lo fuiste el día

En que tus reyes y tu pueblo todo
 Con anheloso afán te embellecía.
 El mahometano te posee orgulloso,
 Y el cristiano piadoso
 Se afana por mirarte
 Y en peregrino traje visitarte.

Tu nombre es á mi oído
 Un talisman de tiernas sensaciones,
 Y al leer tu varia suerte, mil pasiones
 Se disputan mi pecho conmovido.



JOSE MARIA LACUNZA.



LA CRUZ DEL MAR.

De mar lejano las desiertas olas
 Surca un viajero en extranjera nave,
 Y su frente se inclina al peso grave
 De un recuerdo fatal.

Inquietas aguas y mudable cielo
 Solo halló de la vida en el camino;
 Desde la infancia le arrancó el destino
 De la tierra natal.

Mas ya la nave inmóvil retratase,
Cual espejo de acero, el oceano,
Ya la guiase inteligente mano
Como á dócil corcel;

Ya subiese á la cumbre de las olas,
Bajo incendiado cielo, al son del trueno,
O ya cayese hasta el profundo seno,
Para estrellarse en él;

Siempre, en adversa ó próspera fortuna,
La imágen cara de la patria ausente,
Memorias de la infancia, allá en su mente,
Ocupaban lugar.

Y en las formas fantásticas que el viento
A las aguas ó nubes dar solía,
Objetos que adoró la fantasía
Gozábase en mirar.

Y en las eternas horas que en los mares
Pasó de soledad y desconsuelo,
Pidió con voz del corazon al cielo
A la patria volver.

Y Dios le oyó: que al vislumbrar un día
La aurora, y contemplando el horizonte,
Miró el perfil de conocido monte
De las ondas nacer.

Un momento de duda y esperanza....
Poco despues los gritos repetidos
De "¡tierra, tierra!" hirieron sus oidos,
Y oyó el cañon tronar.

Era la patria, la anhelada patria,
El objeto constante de sus votos,
La ilusion que en países muy remotos
Le hacia delirar.

Los montes se aclaraban, y su cima
Se levantaba esbelta al aire leve,
Y reflejaba en su brillante nieve
De Oriente el esplendor.

Y vió gentes y bosques en la playa,
Y el viento que las velas impelia;
Cargado iba de gritos de alegría,
Y de aromas de flor.

Y cual marino pájaro, violenta
Raza la nave las tranquilas olas,
Y con vivas y alegres banderolas
Su placer anunció.

Mas repentinamente, en peña oculta
Choca y se hiende la ligera quilla;
El mar lo tragó todo, y á la orilla
Las tablas arrojó.

Brillante fué aquel dia: ni una nube
 Vino á empañar el refulgente cielo;
 Mas lágrimas de amargo desconsuelo
 Sí alumbró con su luz.

Y con los palos, en vecina peña,
 Entre el embate de las olas fuerte,
 Para avisar y recordar la muerte,
 Se levantó esa cruz.



JOSE MARIA LAFRAGUA.



LAMENTOS DE UNA MADRE.

¡Por qué, á mi dolor impío
 Huyendo el mísero suelo,
 Volviste á tu patria, el cielo,
 Y me dejaste, hijo mio,
 Hundida en eterno duelo?

¡Qué! ¿Mis lamentos no oíste?
 ¿Mi faz no pudiste ver?
 ¿Mis besos no recibiste,
 Ni mis lágrimas sentiste
 Sobre tu rostro caer?

¿No viste que quise loca
 Con mi ser tu ser comprar?
 ¿No te sentiste abrasar
 Cuando mi boca en tu boca
 Su aliento quiso inspirar?

¿No siempre que el sol salía,
 Cabe tu cuna me hallaba?
 ¿No siempre que se ponía,
 A tu lado me dejaba?
 ¿No allí la luna me vía?

¿No la existencia te dí
 Con riesgo de mi existencia?
 ¿No fuistes, ingrato, dí,
 El solo objeto que ví
 En medio de mi dolencia?

¿Y no tu sueño velando,
 Mi párpado el sueño huyó?
 ¿Y quién tus males curó?
 ¿Y quién, su vida minando,
 A sus pechos te crió?

¿No tu labio repetía
 Lo que mi labio dictaba?
 ¿No fuí de tus pasos guía,
 Y si llorabas, lloraba,
 Y si reías, reía?

¿No templaban tu dolor
 Mis caricias? ¿A tu ardor
 No cumplía mi cariño?
 ¿Por qué, pues, ingrato niño,
 Por qué esquivaste mi amor?

Y este amor, que era mi vida,
 Que era el alma de mi ser,
 ¿Hoy será, triste mujer,
 Ilusion desvanecida,
 Vaga memoria de ayer?

Sí; pasó ya mi ventura
 Como relámpago breve
 Que brilla en la noche oscura;
 Como un ensueño, que leve,
 Calma el dolor mientras dura.

Ya nunca á ver tornaré
 Tus ojos encantadores;
 Ya jamás escucharé
 Tus acentos seductores;
 Ya no mas te abrazaré.

Ya tu labio de coral
 No se imprimirá en mi frente;
 Ni tu frente angelical
 Sellará mi labio ardiente
 Con el beso maternal.

Oye, niño: yo te amaba
 Mas que la flor al rocío,
 Porque en tu rostro miraba
 Una imágen que adoraba;
 Te amaba porque eras mio;

Porque en tus venas corria
 Sangre de mis venas, sí;
 Porque tu vida era mía,
 Porque.... Dios lo quiso así,
 Y así quererlo debía;

Porque así lo decretó
 Cuando á la mujer no en vano
 El nombre de madre dió,
 Ni en balde en su alma grabó
 Este afecto sobrehumano.

Aqueste amor, que es tan puro
 Como el amor de Dios mismo;
 Noble como el heroísmo,
 Y al que con hábito impuro
 Nunca empaña el egoísmo;

Que como el sol por sí luce,
 El por sí solo subsiste;
 Y extraño impulso resiste,
 Y vive y se reproduce
 Y de mil formas se viste.

Que al niño en la cuna vela,
 Vela moribundo al hombre,
 Su cuerpo en la tumba vela,
 Salva de olvido su nombre,
 Y á sus hijos lo revela.

Que es santo como su honor,
 Encantador cual la gloria,
 Como el placer seductor,
 Osado como el valor,
 Mas dulce que la victoria.

Con este amor te adoraba:
 Tú eras mi orgullo, mi bien;
 Solo por tí suspiraba,
 Mi universo en tí miraba,
 Tú eras mi gloria, mi edén.

Me era tu acento hechicero,
 Me era grata tu sonrisa,
 Como el iris al viajero,
 Como el puerto al marinero,
 Como al pastor es la brisa.

Y ajeno de compasion,
 ¿Así mi esperanza engañas?
 ¿Así burlas mi pasion?
 ¡Oh hijo de mis entrañas!
 ¿Por qué huyes mi corazon?

¿Por qué á la tierra viniste
Si al cielo volar debias?
¿Por qué te amé y me quisiste?
¿Por qué tan bello naciste,
Si al fin de morir tenias?

¿Por qué?.... Pero mi tormento
Mira el mundo y no lo entiende,
Y oye impasible mi acento....
Solo una madre comprende
De una madre el sentimiento.

Lo que es á un hijo abrazar
En amoroso delirio,
Solo á ella es dado gozar:
Solo á ella es dado preciar
De perderlo el cruel martirio.

Cuanto amaba yo en la tierra,
Mi esperanza, mi quietud,
Mi porvenir, hoy se encierra
En un lúgubre ataud
Que ávida la muerte cierra.

De esta ventura que pierdo,
Ventura que ayer gocé,
Tan solo ha quedado, ¡aymé!
Vago, fugaz un recuerdo,
Y un lastimoso ¡ay que fué!

Y sola y triste y llorosa,
Los dias veré pasar;
Veré los años llegar,
Abrirse veré mi losa,
Veré mi vida acabar.

Y tú, hijo mio, en tanto
A Dios cantarás loores,
Dejando correr mi llanto;
Que no podrán ¡ay! tu canto
Interrumpir mis clamores.

Mas con la muerte vendrá
La dulce, anhelada calma,
Que el pecho presiente ya;
Y huyendo este mundo, irá
A unirse á la tuya mi alma.



ANTONIO LARRAÑAGA.



A MI PRIMER AMOR.

¡Qué dulces son los placeres
Que causa el amor primero,
Y qué gozo tan sincero
Se disfruta al palpitar!
De venturas rodeados
Y de risas é inocencia,
Purísima complacencia
Nos hace el amor gozar.

¡Te acuerdas, Angela mia,
Cuando al salir de la infancia,
Me prometiste constancia
Y te dí mi corazon?
Tu voz dulce fué mas grata
A mis oídos, que cuando
Entre rosales vagando
Fragante el aura sopló.

La alegre calma brillaba
En esa frente divina,
Cual la estrella vespertina
En el firmamento azul:
Y la sonrisa en tus labios
Aparecía dichosa,
Cual brota encarnada rosa
Del fresco y tierno capuz.

¡Oh mujer apacible y deliciosa,
Modelo de virtud y de ternura,
Fresca azucena, tierna y candorosa,
Mi consuelo en las horas de amargura!
Te idolatré; mas mi pasión fogosa
Huyó veloz al ver otra hermosura:
Te abandoné insensato, y los dolores
Siguiéron mis frenéticos amores.

Buscaba yo inocencia
Y encontré falsedades;
Desprecié las beldades

Y me torné á tu amor,
 Como se torna el río,
 Que inunda la pradera,
 Al cauce, y acelera
 Su corriente veloz.

Volví, Angela bella, volví; cariñosa,
 Tu voz generosa mi error perdonó:
 Tus brazos divinos mi cuerpo estrecharon
 Y un beso de fuego tu rostro abrasó.
 Y cándida y pura de mí confiaste,
 Feliz me tornaste, yo mía te ví.
 Gocé tus encantos, carísima jóven;
 Mujer deliciosa, ¿por qué te perdí?

Dulce ángel, que poseias
 Mi amor tierno y cariñoso,
 Mi consuelo:
 Quita el tedio de mis días,
 Y dame el grato reposo
 Porque anhele.

Vuélveme la dulce calma
 Porque suspira mi alma
 Dolorosa:

Y gozaré en tu semblante
 Tu mirada radiante
 Venturosa.

Flor que recreas el suelo
 Con tu candor y belleza
 Peregrina,
 Brillante estrella del cielo,
 Mas bella que la pureza
 Matutina.

Tu amor para mí el primero
 Le dió á mi pecho sincero
 Sus primicias:
 ¿Por qué rehusas ahora
 Al que rendido te adora,
 Tus caricias?

